

UNA HUELLA

Enrique González Rojo

© **Enrique González Rojo**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

LA CLASE OBRERA VA AL PARAÍSO

Una vez me enamoré de una trotskista,
Me gustaba estar con ella
porque me hablaba de Marx,
de Engels, de Lenin,
y, desde luego, de León Davidovich.
Pero, más que nada
porque estaba en verdad como quería.
Tenía las piernas más hermosas de todo el
movimiento comunista mexicano.
Sus senos me invitaban
a mantener con ellos actitudes
fraccionales.
Las caderas, que eran pequeñas, redondas,
trazadas por no sé qué geometría lujuriosa
lucían ese movimiento binario
que forma cataclismos en las calles populosas.
Un día, cuando
me platicaba que:
«Lenin había visto con lucidez
que la época de los dos poderes llegaba a su fin»,
yo le tomé la mano;
ella continuó:
«pero el problema básico
era la concientización de los soviets».
Yo no despegaba los ojos de sus senos.
Un botón de audacia —meditaba y me vuelvo un
hombre rico.
Y ella proseguía:
«había que reforzar el papel de la vanguardia».
No me pude contener
y la estreché a mi cuerpo
con la boca de cada poro mío
buscando otros iguales en su carne.
Y ella: «Lenin había previsto que...»
Y yo atacé el botón de su camisa
y me puse a jugar con la blancura.
Y mi trotskista, con la voz excitada:

«los mencheviques estaban
en minoría ya en los consejos».
Y yo, con decisión,
le fui subiendo poco a poco la falda,
como quien deja de hablarle de usted a un ángel.
Se hizo un silencio.
Un silencio para disfrutar
del pequeño burgués abrazo
que abre la toma del poder por el orgasmo.

EN LA ORDEN DEL DÍA

¿Qué ya no puedes más, que ya tus hombros
no soportan el bulto del cansancio?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que están, dentro de ti, desmoronándose
tus músculos más firmes

como un reloj inserto en las entrañas?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que te invade la sed, que sufres hambre
y tu estómago empieza a enloquecer,

a tañer su campana de vacío

para llamar a mesa y a manteles

que digan pan al pan y al vino vino?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

¿Que temes la tortura?

¿El duelo de la sangre y las ideas?

¿Que se acerque el esbirro

a buscar en tu piel planes y sueños?

¿En tu alarido el nombre de tu hermano?

¿Alguna dirección en tus testículos?

Ni modo, camarada, hay que seguir.

Hay que ser partidarios de la tesis
del odio permanente.

Hay que hallarse sin tregua

con la iracundia al hombro

para estar algún día en pie de paz.

Ni modo, camarada.

Cansancio, hambre, temor, qué significan
para el que ha decidido,

con su cincel en mano,

levantar la escultura de su grano de arena.

EL VIENTO ME PERTENECE UN POCO

Jurídicamente hablando,
yo no soy dueño de ninguna de las luciérnagas.
Y aun mi derecho sobre las mariposas resulta
discutible.
No tiene sentido
que alguien me pida
(regalado o prestado) un crepúsculo
porque carece de ellos
mi patrimonio familiar.
Se puede creer, sin embargo,
que, en sociedad con mis oídos,
soy al menos propietario de alguna melodía
(las variaciones, digamos, sobre un tema del viento);
pero si una cosa debe afirmarse de mí
es que soy pobre de música,
menesteroso de Bach, harapiento de Mozart.
En mis arcas no existe un solo aroma.
Nunca he guardado en mi caja fuerte
el sabor a vainilla.
Nunca he poseído una alacena
olorosa a compota de durazno
ni mi ropa
ha estado nunca planchada y doblada
por las manos de un jabón
que conduzca majadas de perfume.
Mas llegas tú. Y el viento me pertenece un poco.
Hasta puedo enviar por correo
de regalo
alguna brisa.
Me llevo por algunas horas el mar a mi departamento
de la misma forma en que lo hice en la página 65
del antiguo relato de una de mis pesadillas.
De un tallo de dos o tres rosales
pende una tarjeta con mis señas.
Y he dado instrucciones a las espinas
(los demonios custodios del perfume)
para poner en su sitio a quien olvide
la propiedad ajena.

Mas llegas tú, y la soledad
sale corriendo
hacia las fronteras que tengo con la nada.
El abrazo nocturno nos confunde.
Sólo el gallo
que enciende una cerilla con su música,
despierta nuevamente nuestros límites.
Mas nos tomamos entonces de la mano
con la intención
de que no deje de haber nunca
litigios fronterizos entre nuestros pronombres.
Me ayudas a armar el rompecabezas de un ángel.
Hallamos agua, sol, edad derruida,
damos con la pasión
que desentume piernas, mueve brazos,
y devora también, oso hormiguero,
la infinidad de puntos agitados
en las extremidades que se duermen
en su inmovilidad de soltería.
Mas después de gozar
el placer sedentario de los besos
y las caricias lentas (las tortugas
afectivas que cruzan por tu vientre)
decidimos partir,
darle cuerda al zapato, correr mundo.
Construir un astillero
y empezar a forjar fetos de naves
que crecen hasta hacerse
audacia de madera,
un sueño con su popa y con su proa.
La aventura que sabe recortarle
las espinas a la rosa de los vientos.

ODA A LA GOMA DE BORRAR

Gran cosa es tener la capacidad de retractarse.
Poseer el combustible necesario para dar marcha
atrás.
Lucir la valentía de desdecirse,
humillar la petulancia
de pretender hablar desde el púlpito de la tinta,
con un ademán autocrítico
que transforma los dogmas
los yerros
la retórica
en un rebaño de virtutas perfumadas.
Para desandar el camino
y darle nuevamente la palabra a la página en blanco,
se requiere de un delicado instrumento
que es, como la rueda
los grandes aeroplanos
y la caricia de la mujer amada
cuando la soledad nos cala hasta los huesos,
invento inapreciable.
¡Oh, fe de erratas de mi lápiz!
Cernidor entre el trino y el resuello,
la palabra veraz y la que hilvana
las letras enmieladas del engaño.
¡Oh, gran antologista de vivencias!
Yo te debo la astucia de anularle adjetivos
a las emociones sustantivas.
Te soy deudor de mi capacidad
de comenzar y comenzar
nuevamente desde cero.
Cuando vuelvo los ojos a la pluma
al lápiz
a la máquina
y después hacia ti
me quedo meditativo
y pienso
que el poeta
el verdadero
el grande

el profundo poeta
debe saber oír más las palabras de su goma
que las del artefacto con que escribe
porque los dioses están más cerca del silencio
que del barullo.

EN EL MERCADO

Entre el puesto de dulces
y el de verduras
se coloca el vendedor
de palabras.

Después de ordenar la mesa de sus productos
tender el toldo contra el sol
y acercarse la silla
se pone a pregonar:

¡Pase a comprar su palabra preferida!
¡Palabras narcotizantes para combatir
el dolor de muelas!
¡Palabras para la nostalgia crónica!
¡Palabras para escudarse de la agresión
de otras palabras!

Si un cliente se interesa por la mercancía
el vendedor aprehende con unas pinzas
la palabra seleccionada
la desempolva
la envuelve
y la entrega al comprador
acompañada de unas instrucciones
para su uso.

Hay vocablos en efecto
que deben ser dichos poco a poco
como deletreando la fuga
de la emoción saboreada.
Otros deben salir de golpe a la intemperie
con su breve bufanda de saliva al cuello.

Cuando termina el día
el mercader levanta su negocio.
Se echa su morral de vocablos a la espalda
y parte en busca de otros pueblos.
Por las noticias que nos han llegado
se puede asegurar
que este vendedor

en unos pocos meses ha ido destruyendo
punto por punto
población tras población
grandes comarcas de silencio.

CONSEJOS A MI PLUMA

Para Paloma Saiz

Escúchame: amo aquella poesía
que se escribe en las trincheras
a la luz de los fogonazos del odio;
aquella que, si primero
nace como el aullar
de lobeznos perdidos en el cosmos,
madura al convertirse en lanzallamas
de fonemas corrosivos;
aquella que, tras de recibir instrucción militar
en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,
hace que todos sus versos se encuentren
a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;
aquella que, al soltar sus alaridos,
se deshace de la bisutería
de la rima,
aquella que, de la mano de la pólvora,
tiene como blanco la destrucción,
el estrago fecundo,
el bendito borrón que parirá
con dolor maternal la cuenta nueva,
la luz recién nacida,
la utopía en pañales
donde por fin las ruinas
alcen en hombros, victorioso, al humo.
Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,
el «mucho ruido y pocas nueces»
de lo panfletario.
La poesía desfallece en el panfleto
como la luz se asfixia en la caverna,
o la música de la verdad
en la vocal desgañitada.
Amo la poesía de denuncia
—aquella que espera a los trabajadores
a la salida de la fábrica
para intercambiar saludos
y planear cataclismos,
aquella que si sabe cantar, también vomita;
que si se anda en los aires pergeñando geranios

también tiene gatillos en espera
del atrevimiento; aquella que...
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:
vacilas, tropiezas con tus sílabas,
y cuántas veces, ay, tartamudeas.
Dejas mucho que desear y yo querría que dijeras
lo que otras callan,
que fueses veraz, indiscreta,
que te metieras en lo que no te importa,
que supieses murmurar como los ademanes
y gritar como los puños.
Escúchame: no te quiero recibiendo consejos
de los brazos cruzados.
Ni pasiva, pusilánime,
mirando las catástrofes
desde las galerías de tu olimpo
o los binoculares de tu musa.
No te quiero servil,
dándole por su lado a la derecha
que opone al ansia de avanzar
la dureza fanática del yunque,
o que, al son de sus gregorianos
rechinados de dientes,
busca meterle zancadillas a la historia;
tampoco te deseo aplaudiendo
a la izquierda moderna,
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)
la izquierda que, peinada
con las comillas de la sospecha,
mastica el bilingüe bocado de saliva
de la demagogia,
o que tiene siempre a mano
la disculpa mendaz, con su perfume
de magnolia podrida,
ocultando sus traiciones
en los pequeños juegos de artificio
que organiza la astucia de la lengua
a flor de labio.
Atiéndeme: te sueño ágil, diestra.
con la sensibilidad a piel de sueño:
y blandiendo un fusil bendecido por el don
de la buena puntería:
que donde pongas el ojo
pongas el epíteto corrosivo,

la denuncia,
el caos como primera piedra del empeño,
el semen de la aurora.

NUEVOS CONSEJOS A MI PLUMA

A Paco Ignacio Taibo II

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro del sistema y su compleja arquitectura de mentiras, de salir a la intemperie, ferocidad al hombro, a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los rosales
que, pobrecitos, no saben redondear sino sólo criaturas monocordes.
Ven acá: te quiero capaz de hacer que haya gatillos en tus frases, gatillos que, orientados por la mira del sapiente coraje, sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos con la deificación del ruido (en el estruendo) que extraerá de las ruinas otro mundo con las manchas de sangre de lo recién nacido.
Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata, del Che Guevara, de Salvador Allende o de tantos, tantísimos otros, que levantaron en armas a sus muinas, lo sepas hacer con las frases apropiadas, justas, militantes, que seduzcan la atención y le pongan hormigas al descuido, con palabras inventadas desde hace siglos sólo para cumplir su cometido actual de develar artilugios y realizar una histórica masacre de máscaras, disfraces, fingimientos con que forma el poder sus escondrijos.
Mi pluma, como dejas mucho que desear, como eres iletrada, tímida, ingenua, y bastante torpe para hablar en público; como tienes, reconócelo, no sé qué debilidades por la retórica y crees que la mejor manera de sorprender al público es lanzar al firmamento los fuegos de artificio de tropos rutilantes y subir el volumen de lo pregonado

hasta la grandilocuencia,
te voy a tener que someter
a una fuerte y severa disciplina.
Durante mucho tiempo, pluma,
tú y yo, tomados de la mano,
asistiremos a marchas,
concentraciones y mítines.
Saludarás de corazón a las adelitas
y recogerás, para alguno de tus poemas,
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.
Yo te conduciré a las concentraciones para que
aprendas
a desgañitar la tinta
que cargas en la garganta.
Te llevaré, para que no te enamores,
como Narciso,
de ti misma,
de lo que dices,
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,
de tu forma tan personal
de robarle parlamentos al silencio.
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la
gente,
para que sepas del calvario,
el vía crucis,
la crucifixión
de todo humilde miembro
de la especie.

LA OPERAMADA

Después de descifrar el himensaje
que puvislumbra el ojo cuando espía
la intihumedad caliente de tu estría,
me sé medicorrecto en blanco traje.
Receto pomamadas y masaje,
dulzocitorios tibios y sangría
y ante la paridez, la cirugía
que convierta el follar en un follaje.
Preparo el bisturí. Lo erectotomo.
Desinsecto mis manos y me asomo
a tu camiyacente gozaltante.
Y al cuchillido abierta a los deseos,
huracamando el mar de tus meneos
sufres mi opiernación orgasmojante.

EPITALAMIO

Mi lengua en tu pezón
buscando endurecerlo
para ablandar así
tus reticencias.
Mis manos correteando tu blancura.
Mis piernas y tus piernas
intercambiando confiancias
y sudores.
En una palabra,
mis urgencias todas
entregadas a la práctica dialéctica
del desarrollo desigual
y combinado.

los que sólo hasta ahora merodean
a sus propias mandíbulas y dientes.
No vaya a ser.
No vaya a ser que aquellos
cuando ustedes destruyan este mundo
se erijan en los nuevos mandarines
chorreantes de colmillos
y que ustedes se queden
sufriendo nuevamente
su existencia de perros
(aullidos exaltados).

José guardó silencio.
Bajó del montículo que le servía de estrado.
Y una insinuante perra que atravesó la calle
le dio en la madre al mitin
a la pálida flor de la justicia
a la solemnidad del crepúsculo
y a la conciencia de clase
que fugaz
se había encendido
en esta efímera concentración
de perros callejeros.

ACTA DE NACIMIENTO

Yo, señores, nací con la herencia
de no sé cuántos líricos genes.
De poetas soy hijo, soy nieto.
Genealógicas ramas maduran
la presencia de varios plumajes
en que un cántico fénix transmigra.
Como estoy hace tiempo cantando,
más aún, desde que era mi abuelo
o mi padre yo mismo, querría
a las hojas en blanco y anémicas
transfusiones de tinta donarles
al través de venosos renglones,
y lograr que se alzara un poema
sobre el día en que adviné a mis ojos,
a mis piernas, mis brazos, mi sueño,
y aumenté, con mi grano de arena,
las preguntas de toda mi tribu.
Si nací hacia el final de los veintes,
cada cinco de octubre celebro
el cumpleaños que sufre mi angustia.
Pero sé que hubo un día lejano
en que yo era un proyecto, una sombra
–ideal, no de carne y de beso–
que después fecundaron a oscuras
los viriles espermas del tacto.
En los ojos se me hizo un pupitre
de preguntas. Y abrió su cuaderno
ignorante mi frente, tendió
su inocencia de página en blanco
de una sien a otra sien, su propósito
de archivar sus primeros asombros:
no sé quién en mi cuna una tarde,
balanceando a dos manos mi mundo,
me celó sus miradas atentas
y le dio, al parpadear, a mis ojos
su primera lección astronómica.
Ni sé quién, la sonaja agitando,
me condujo al estreno del ruido,
y enseñó, con tal larva de música,

a mi oído sus pasos primeros.
Vi la luz en lo oscuro. Las doce
Madre mía, engendraste un fantasma
que al tomar de tal modo conciencia
de sí propio se muere de miedo.
Se temió que naciera asfixiado,
que mi cuerpo viviente cargara
a la espalda nonatos pulmones,
que, a un descuido, me diera la puerta
giratoria del ser, la salida
en lugar de obsequiarme la entrada.
Mas, partera de manos gaseosas,
en mi auxilio la atmósfera vino,
e inició mi pulmón su primera
bocanada de ser y de tiempo.
En el viaje hacia mí, fui marino
que abandona su mar de placenta;
animal proveniente del agua,
desembarco mi ser en la vida,
y, Colón de mí mismo, me palpo,
piso tierra, mi arcilla animada,
nuevo mundo por fin descubierto.

UNA HUELLA

Dícese que se dice
que en un lugar perdido de México,
en un puntito que se fue borrando
poco a poco del mapa,
hay una piedra especial,
única:
luce la huella imborrable de una mano.

Es algo así como la reliquia de un portento,
el vestigio de lo imposible,
el pedestal humilde de lo maravilloso.

La mano se halla estampada allí,
con sus dedos,
sus huellas digitales,
sus palmas
y los signos quirománticos
que despliegan la fórmula algebraica
de un destino.

Si la viéramos,
si fuésemos testigos del pedernal en que un día
sufrieron una extraña descompostura
las leyes naturales,
nos asombraría,
con la imagen en movimiento de una mano
que se apoyó un instante
en esta roca,
la añejísima huella
(dejada de la mano del tiempo,
olvidada de la ley que obliga a todo a marchitarse,
sustraída, en una palabra, al polvillo evanescente
de lo ido),
que, a lo que se dice,
es el antiguo relato de una fatiga,
el rastro del ademán de un numen,
o mejor,
un sacerdote trashumante
en trámites de trascendencia.

Se dice que se dice que Quetzalcoatl,
en su peregrinación de Tollan a Tlapallan,
y después de haber dejado
a la espalda de su última huella Cuauhtitlán,
sintió que el cansancio lo ganaba,
que el sudor le perlaba los estímulos,
y que, sentándose,
se abanicó el rostro en un compás de dos cuartos y
encrescendo
y colocó una mano en una piedra.
Me encantaría
(a mí, poeta que anda husmeando
lugares poco frecuentados del asombro
y que carga en el bolsillo una grabadora
para las estridencias de lo imprevisto),
organizar una galería de lascas, peñas y guijarros,
como homenaje a las dotes creadoras
de la naturaleza.
Me encantaría.

Ningún sitio mejor que México para montar
una exhibición así.
Habría piedras de todos tamaños, formas, colores,
peso y precedencia.
Piedras pacíficas, redondas,
sin ansias de volar a un descabro,
piedras encolerizadas, puntiagudas,
a un aleteo tan solo de mudarse
en ave de rapiña. Piedras preciosas
—jade, chalchihuites, obsidianos
pilli de la madre tierra,
las obras maestras que llevan
la invisible firma de una materia
como nunca inspirada.
También piedras humildes,
sin un solo gesto soberbio,
sin la menor chispita metálica en su entraña,
sin una sola arenilla fuera de lugar,
ni la menor relación con la historia,
la leyenda o el mito:
piedras sencillamente anónimas,
destinadas quizás a ser tan sólo
la ilusión y el sentido

de una sandalia muerta de aburrimiento
a mitad del camino.

Y por último,
en la vitrina del asombro,
y en la montura vítrea del milagro,
la piedra con la mano eternizada...
No podemos, sin embargo, organizar
tal galería. No podemos.
Carecemos del poder, de la audacia,
de la vida para hacerlo.
Ni tampoco podemos ser testigos
de una maravilla inscrita,
a perpetuidad, en tan modesto sitio,
porque, lástima, hallándose el guijarro
en uno de los tramos más fangosos de la historia,
de seguro fue pisado por las botas
del guerrero español
y enterrado para siempre
en las entrañas de la tierra.
Dícese que se dice.

CAPERUCITA

La verdad es que la caperucita
no estaba aún madura
para tus insinuaciones,
lobo.

Aún se hallaba jugando a la muñeca
consigo misma;
aún su matriz, con pobre aleteo,
se moría de envidia por las cigüeñas.

Aún sus senos
eran pequeñas colinas
incapaces de producir todavía
el mal de montaña.

En realidad, cuando llegó a tu lado,
y puso ante tus dedos el abismo
de la tentación,
cargaba en la entrepierna
remilgos de virginidad.

EL BESO EN EL PARQUE

Mis primeras palabras amorosas fueron tan torpes
que mejor se hubieran quedado en casa.

Un beso que estrené en un parque
hizo el mismo efecto
que un roce de viento helado
y humedecido.

La primera vez que intenté acariciar a mi novia
la mano se sintió tan pesada
que se quedó en los andurriales de la indecisión
como si padeciese una eyaculación precoz
de tacto...

CRIMEN PERFECTO

Qué bueno que por sólo una vez me enamoré de una
[poetisa.

Nos llevamos bien en todo
—la cama, las aficiones, el odio por los niños—
pero no en un punto neurálgico:
nuestro perverso afán de pergeñar poemas.
Aquí nos hallábamos arrojados a una inmisericorde y
[furiosa competencia.

En los juegos florales de dos
donde sin cesar interveníamos
a veces ganaba uno a veces otro
pero siempre obtenía el primer lugar
la envidia —como ojerosa tristeza
por el bien ajeno.
Entregados a competencia feroz
vivíamos con el sueño de que la justicia coronara al
[más apto.

Ay de nosotros acabamos por ser
como Caín y Abel metidos a portaliras.
No podíamos tratar el mismo tema
—por ejemplo el lagrimear matutino de la flor
o el roncar genocida del caudillo—
porque dando periplos en una tierra movediza
nos acusábamos de plagiarios de salteadores
a mano armada por las plumas amenazantes
delincuentes líricos
o robachicos de haikús.
Después de una escena de mordiscos
patadas y arañazos
—en que ella sembró en mis brazos
una promisoriosa cosecha de cicatrices
y yo en las uñas logré quedarme
con todas sus pestañas—
llegamos a un convenio
firmado con nuestra propia sangre:
de plano nos dividimos el planeta.
Los temas de lo mineral y lo vegetal me
correspondían
los de lo animal y lo humano a ella.

CUANDO DOS AMANTES

Cuando dos amantes de verdad se introducen en el
[lecho,
se mete con ellos el verbo amar,
que es un verbo en infinitivo,
vale decir, un verbo que se aleja deliberadamente
de las conjugaciones
para evitar las posturas eróticas
que le hace tomar el tiempo.
El amor, así, no se convierte en pretérito
como un recuerdo prendido con alfileres
en la memoria,
ni mucho menos en pretérito perfecto
donde hay hasta un holocausto de huellas,
una transfusión de sangre del olvido al recuerdo
y una lápida rumiando un epitafio.
No se transmuta tampoco en aquella nigromancia
que en las entrañas del presente lee,
escudriña,
prevé,
el futuro nonato,
ni mucho menos en un apresuramiento
en que la voluntad se descarrila y da de bruces
en algún suburbio de lo indeseable
o en un porvenir contagiado
por el bien incurable
del descanso.

IDENTIDAD

No dejes que mis años, mi ceguera
que avanza, mis arrugas o mi máscara
formada con pedazos
de mi semblante antiguo, te impresionen.
Aunque ciñan mis dedos ademanes
estrenados apenas
en el niño irrumpir de mi vejez,
aunque corra a romper mi acta de nacimiento
y escupa letra a letra mi nombre y apellido,
sigo siendo el de siempre.
Déjale a mi caricia libre tránsito.
Llévame a recorrer lo recorrido
y saborear el vino del presente
en odres del pasado.
Sé la brújula tierna de mi guía.
No hagas que la palabra prohibición
monte guardia en ninguna de las partes
que conforman tu cuerpo.
Medita ¿no recuerdas, mujer, cuando
confundimos los puntos suspensivos
que vinieron un día hacia nosotros,
con el punto final irremediable
—dada la redundante afirmación
con que una y otra vez se presentaban?
Mi identidad se encuentra
en la sabiduría con que puede
mi tacto andar a ciegas en el mundo
y poner el manojito de huellas digitales
que cargo entre las manos,
nuevamente a tus pies, amiga mía.

ESTE PUÑO SÍ SE VE

Quiero hacerme a la calle a protestar.
Aunque sea una marcha de una sola persona,
una conspiración minúscula,
la perfectamente ridícula guerrilla
de mi furor casero.
Avanzaré con el puño en alto,
coreando, solo, consignas incendiarias
contra el imperio, la explotación ambiente,
las turgentes banderas
donde se ha desteñido la esperanza
y el rojo se agazapa en el rosado.
Avanzaré, resuelto,
la pancarta adolorada de mi frente,
yendo desde mi audacia al mismo zócalo,
desdeñando la zarpa granadera
que me puede arrojar a promover
un plantón energúmeno
de lágrimas forzadas.
Haré al final un mitin rapidísimo
donde hablará un relámpago.
Y me iré a recoger allá en mi alcoba.
allá en mi soledad,
allá en la madriguera, en fin, del yo,
para depositar sobre la almohada
la destrucción del mundo.

UNA HUELLA

Impreso en la CDMX, en octubre 2021.

Todos los derechos reservados.